

ITALIA, 63 (2)

DOS folios a doble espacio. El espacio de unas notas en que resumir mis impresiones sobre varios films italianos. Sobre los más significativos. El primero del que ocuparse habría de ser «El gatopardo», quizá la más hermosa y rigurosa película de Luchino Visconti. Pero, primer premio en el Festival de Cannes, ha sido ya ampliamente comentada. Además les confesaré que en España resulta siempre penoso hablar de Visconti. Parece que se le elogia o se le ataca por consigna. Que hay que llamarle «mentecato» o adjetivarle de «homosexual» y «comunista» a cuenta de cualquiera de sus películas, o reconocer tácitamente que uno posee razones inconfesadas para elogiarle. Es un caso más en el que la polémica intelectual resulta aquí prácticamente imposible.

Otro film importante y clave es «Ocho y medio», de Fellini, de quien sí cabe hablar tranquilamente, a menos que el premio de Moscú haya alterado a alguna capillita. A mí me gusta y no me gusta «Ocho y medio». Me gusta por su enorme talento, por su lenguaje, por su carácter de gran confesión personal, por su primerísimo puesto en la historia de un cine auténticamente psicológico. No me gusta, porque me parece que todo ese talento se malgasta. Que la confesión de Fellini es demasiado íntima y particular para que sea contemplada por millones de personas. Me parece, en suma, que hay mucho de narcisismo en hacer de la confesión un espectáculo artístico. A menos —y éste no es el caso de «Ocho y medio»— que la confesión se traduzca en actitudes ante problemas y fenómenos de sentido más general. Entrar en «Ocho y medio» produce la misma sensación molesta que leer una carta que ha sido escrita para otro.

Creo que mucho más en la línea del actual cine italiano —de cuyo condicionamiento democrático hablaba en mi crónica anterior— están «El proceso de Verona», de Lizzani; «La batalla de Nápoles», de Nanny Loy; «Salvatore Giuliano», de Rossi, y «Appie Regina», de nuestro conocido Ferreri.

La película de Rossi ya está estrenada en España. Es difícil mantener una línea de mayor pureza dialéctica, mostrando al personaje como resultado de unas fuerzas en juego y sustrayéndolo de toda convención, de toda fórmula mitificadora, cinematográfica. Algo semejante, aunque en menor medida, cabría decir de los films de Loy y de Lizzani. Se retoman algunos elementos del neorealismo —base y raíz necesaria del saneado cine italiano moderno—, como el gusto por la imagen documental —un gusto contra el que se levantan las corrientes alineadas tras Antonioni y Visconti— y hasta —sin prescindir del propósito dialéctico— parte de ese apasionamiento que luego purificarán los films más críticos. Quizá porque la rebelión de Nápoles contra los ocupantes alemanes, o el proceso y las ejecuciones de Verona, conectan de nuevo el cine con los temas de la Resistencia.

«Travellings» temblones, un obsesivo esfuerzo por crear un «documento», localizaciones precisas, interpretaciones de maravillosa simplicidad, todo eso estaba en la realización de Lizzani que, naturalmente, causaba una terrible —y reveladora— impresión en el público. El film de Loy era, por su carácter épico y su obligada espectacularidad, más artificial. Pero apuntaba también a esa síntesis —neorealismo, primero; neorealismo crítico, después; síntesis de ambos realismos, ahora— que caracteriza —recuérdese también, por ejemplo, «El bandido de Orgosolo»— la que parece corriente dominante del cine italiano actual. Un detalle sintomático: la ficha artística de «La batalla de Nápoles» silencia el nombre de los intérpretes, a quienes se presenta como «vecinos de Nápoles», a pesar de que entre ellos haya gente como Lea Massari...

«Appie Regina», rodada en Italia por Ferreri, podría ser una película española. Digo «podría ser» por su tema y su tratamiento, como son por ejemplo muy españolas casi todas las películas de Buñuel. Ferreri se libera aquí de ese humor un tanto irreal de «El cochecito», para volver a la fórmula de «El pisito». Con mejor oficio, claro, y una carga de realismo que antes le estaba vedada. Es una de esas películas divertidas y pulverizadoras: el tema, una muchacha pura que aniquila al marido durante el primer año de matrimonio. El marido muere poco antes de nacer el hijo.

No cabe duda que el regreso de Ferreri a su país es otra nota positiva del cine italiano.

Cabría citar más títulos. Dar constancia de algunas sorpresas —¿cómo explicar, por ejemplo, que «Mondo cane» no pudiésemos verla hace un par de años en el Festival de San Sebastián? La secuencia de la comunión de una tribu salvaje debió anular todas las reservas que escuchamos allí— y de algunas decepciones. Pero se han acabado los dos folios.

Mientras los «grandes maestros» hacen balance, muchos nombres nuevos se instalan en la historia dispuestos a examinar y contar lo que ven.

JOSE MONLEON

nuestro
CANAL

★ Una buena muestra de lo que la televisión puede hacer por el deporte se puso de manifiesto en la retransmisión del encuentro de baloncesto entre el Real Madrid y el T.S.K.A. de Moscú. Millones de telespectadores presenciaron el partido y compartieron la emoción de los propios espectadores. El baloncesto, un deporte minoritario en nuestro país, levantó verdaderas oleadas de entusiasmo. Además, hay que destacar la magnífica retransmisión efectuada por los equipos de TVE.



The Delta Rythm boys

★ Interesantísimas y completamente a punto las informaciones acerca del terremoto de Skopje —servido el reportaje de la Eurovisión— y el combate de boxeo entre Patterson y Liston, que por su brevedad pudo pasarse íntegro, por el sistema del diferido.

★ Nuevo programa en antena. Esta vez se trata de un ameno y original concurso musical que bajo el título de «El concertino» aparecerá puntualmente cada quince días en su televisor, aderezado con la gracia de su presentador, el estupendo cantante italiano Torrebruno, que, como se ve, además de cantar muy bien, sabe animar con envidiable soltura un programa televisivo.

★ La canción «Maria», de la película «West side story», ha dado rápidamente la vuelta al mundo, siendo pocos los cantantes que no la han incorporado a sus repertorios. La habíamos oído de muy distintas formas.

Unas, claro está, nos gustaron más que otras. Sin embargo, la interpretación que de esta bonita canción hicieron los «Delta Rythm boys», en el último programa de «Gran Paradis», sobrepasó con amplio margen a todas las anteriores. Este magnífico cuarteto norteamericano de color, interpretó también «To night», de la misma película; «Desafinando» y «Cielito linto», esta última cantada en español.



Luisa Ortega

★ En el mismo programa de «Gran Paradis» actuaron también Luisa Ortega y Arturo Pavón. La primera, cantando con su peculiar estilo, más morosa y más guapa que nunca. Arturo Pavón al frente de una orquesta de cuarenta profesores dio una verdadera lección de buen arte. Completaron el espacio, el magnífico malabarista Bobby May, que entusiasmó a los telespectadores con sus juegos, limpiamente realizados, del puro y la cerilla; Ron Urban, ilusionista, ejecutó con maestría los diversos números de su actuación.



Ron Urban

★ Cuando las cosas están bien hechas no duele soltar prendas. Y bien hecha, pero que muy bien, la «Primera fila» del viernes. La conjugación del trío Arniches-Gabriel Ibáñez-Gustavo Pérez Puig, dio como resultado una «Señorita de Trévez» excelente.